

JOSÉ DOLORES GÁMEZ



José Dolores Gámez

José Dolores Gámez Guzmán, nace el 12 de julio de 1851 en Granada Nicaragua, hijo de José Dolores Gámez Torres y Leonor Guzmán Reyes; muere el 8 julio de 1918 en Rivas, Nicaragua. José Dolores Gámez fue un historiador, reportero periodístico y político; estudió leyes por tres años pero abandonó su carrera cuando su padre se fugó con una amante a El Salvador. Desde 1869, José Dolores se hizo cargo de su madre y cuatro hermanos. Trabajó como dependiente, como tipografista en una imprenta, y más tarde como telegrafista.

En 1878 publicó "Amor y Constancia", una novela costumbrista; en 1888 escribió en cuatro meses su "Historia de Nicaragua" que le ganó un premio como el mejor trabajo histórico. Durante el régimen de José Santos Zelaya, José Dolores fue sucesivamente Ministro de la Guerra, Desarrollo, Gobernación, Relaciones Exteriores y Educación. Tras la caída de Zelaya en 1909, José Dolores se fue a El Salvador para evitar problemas personales.

Abajo aparece su autobiografía:

Las Memorias autobiográficas de los hombres públicos han sido consideradas siempre como elementos de gran valor para la historia, porque no se limitan a sólo consignar la vida del Autor, sino que insensiblemente van más allá y se extienden a los sucesos públicos comisionados con ella, enlazándolas cronológicamente, estudiándolos en las distintas fases que presentan y poniendo de manifiesto su escenario o sean las peculiaridades de la sociedad en que se desarrollaren. De este modo, a la par que suministran datos precisos para la historia, proporcionan también a la juventud lecciones de experiencia que pueden servirle de orientación en situaciones difíciles y análogas; pues, como se sabe, los sucesos de la vida, tanto sociales como de los individuos en lo particular, se repiten periódicamente con tanta semejanza que resultan ser los mismos en todas partes con sólo actores, escenarios y fechas diferentes. De allí el decir, que la historia de la vida humana la dejamos referida en el libro del tiempo, de tal suerte, que no la vimos corregida; de allí también que las memorias aun cuando carezcan de formas atrayentes, sean por lo regular leídas con agrado y estudiado con interés.

Pero mis memorias que quizás no merezcan tanto, pues no obedecerán a un plan determinado de antemano, sino que voy a escribirlas al correr de la pluma, a modo de confesiones a los Rousseau, consignado mis recuerdos y mis impresiones y cuántos son ellas se relacione de la vida pública, que será la que interese a la mayor parte de

mis lectores, como de la vida privada, que tal vez sólo llegue a tener algún valor para mis descendientes.

No recuerdo haber escrito una sola línea para ser publicada por la prensa, que no haya sido con el propósito de que fuera de alguna utilidad social, aun cuando ese propósito aparezca conexas en muchas ocasiones y aspiraciones que pidiera llamar hijos de mi amor propio o con expansiones pasionales. El patriotismo químicamente puro, si vale la expresión ser la abnegación absoluta no la conozco y me figuro que es algo así como la piedra filosofal, o como una creación fantástica que solo se anida en ciertas mentes soñadoras de la juventud, de esa juventud que despierta a la vida entre flores, y que revolotean feliz sin haber sido alcanzado aun por el torbellino mundial.

La época del frío y las nieves ha llegado para mi existencia y me encuentra lejos de mi hogar y del pedazo de tierra que me sirvió de cuna. La nostalgia me persigue y me hace recordar mi pasado con ese doble delirio del viejo y del proscrito, que puede sentirse, pero no expresarse y que solo la propia experiencia permite conocerlo.

Granos de arena a merced del sueño de la brisa, es con relación al mundo al fragmento de la suerte me deparo por patria, pero su pequeñez, su escasa población, su infelicidad, su miseria si se quiere, aviva mi cariño en esta hora de desgracia para mi y de angustiosa ansiedad para ella, hoy se ve entregada por algunos de sus propios hijos a la rapacidad de las águilas del Norte.

Tengo, sin embargo fe, en que llegaran días mejores para la tierra inolvidables, que quizás no vuelva más a ver porque mis años se acercan al cementerio, y pienso que esos días, en que brillará radiante el sol de su progreso, las sombras de su triste pasado, arrastradas por el viento de la prosperidad se esfumarán en el horizonte y se perderá su recuerdo, sino hay algunos que lo conserve en cualquiera forma a las generaciones futuras. Ese alguno puede ser también yo, (me he dicho) y si presto ese servicio a la tradición nacional, mi nombre pasara con ella a la posteridad y quizá merezca el aprecio de esta. De allí, pues que ponga manos a la obra sobre tan delicado y tal vez superior a mis aptitudes, pero resuelto a llevarlos a cabo tal como me resulte, nutriéndole como mi recuerdo y movidos por ese impulso narrativo que caracteriza la edad proveya.

"A medida que el hombre va entrando en el descanso de su vida –ha dicho mi buen amigo don Ramón Salazar– y que los cabellos blanquean representado cada cana una ilusión marchita, y una esperanza perdida, un dolor sufrido y no olvidado, el alma recoge sus alas de mariposa alegre, y el espíritu concentrándose en sí, se da a recordar las cosas que fueron y a reflexionar sobre los acontecimientos en que toco en suerte tomar parte.

Y efectivamente, suele ser un hecho frecuente, pues cuando el hombre deja a sus espaldas los sesenta de la edad, siente algo así como la necesidad de expansión de su pasado y de revestirá con nueva vida las impresiones de su existencia del puerto llevando a su bordo a seres queridos hasta confundirse en el horizonte el hombre queda donde la escala del tiempo, continúa viendo con los ojos del espíritu lo que ya nadie ve, lo que veloz se ha deslizado sobre las ondas del pasado; porque como ha dicho un poeta:

Sin poder sepultarla en el olvido,
La visión del pasado desespera;
Y no llega jamás la edad primera
Ni las horas que rápidas se han ido.

Al traer a la mente mis impresiones pretéritas, rejuvenecidas, seleccionadas y con su traje de gala, para lanzarlas al viento de la publicidad, siento un goce verdadero y me parece tener algo así como un sueño paradisíaco, como un renacimiento a la vida, en el que recorre las etapas de mi existencia, pasando de la infancia a la pubertad, de la pubertad a la adolescencia y de ésta a la edad viril a la que alcanzo la cumbre, y después, dando la espalda al sol y con el fardo paulatinamente con las fuerzas orgánicas, el calor juvenil de la sangre, las esperanzas, las ilusiones rosadas, todo aquello que pudiéramos llamar el baño de oro, la envoltura preciosa, que da brillo y belleza a las edades ascendentes en la escala de la existencia humana; el soplo de Jehová valiéndonos del leguaje alegóricos del Génesis, sobre la figurilla de barro de la creación bíblica.

Sucede también que los viejos nos encariñamos con las juventud y tomamos empeño en que nos conozca nos quieran más allá de sepulcro; en procurarle nuestra experiencia para que se guíe en su camino y en hacernos presentes ante ella con amoroso tesón. Únase a éste, el aparecimiento inevitable de un día en que se vive sólo de recuerdos, en que no siento pasión por ellos y en que se despierta, a modo de instinto, el deseo vehemente de hacerlos conocer, día en también el horizonte comienza a nublarse, las brisas a sentirse frías, los fuegos volcánicos emergen la adolescencia a convertirse en cenizas, y en que el hombre, semejante al viajero fatigado que se detiene a descansar en la cima del camino vuelve la vista hacia atrás y contempla emocionado el panorama que deja a su espalda. Es entonces cuando se desarrolla y acentúa el atavismo característico de la edad madura, verdadero propulsor que levanta el espíritu abatido por la falta de ilusiones, así como también las energías agotadas por el desgaste orgánico, y cuando la pluma llevada por mano trémula, puede aún correr sobre el papel con bríos de marcado, reviviendo viejos recuerdos que yacían relegados en los osarios del olvido.

La gente moza suele hacer poco caso del pasado y aun del presente, al que apenas aprecia como paso inevitable para el porvenir, que es lo único en que acierta a fijar la vista y en que la detiene con agrado, pues como el ave que comienza a volar no quiere mirar hacia atrás y pone todo su empeño en elevarse y avanzar, fijándose en que esta por delante, que es solamente lo que le preocupa. Creo, sin embargo que mis jóvenes compatriotas no tendrán la misma indiferencia para mis intenciones, porque los países como el maestro, en la transición social ha sido rapidísima pasando el del país estado medieval a otro relativamente de civilización moderna; los recuerdos de ayer reproducen con bastante semejanza los de las edades pretéritas del antiguo mundo de que son un apéndice, o una verdadera prolongación en miniatura; porque de las personas, los usos, costumbres y sucesos de ese nuestro pasado, que refleja todavía

los tiempos coloniales en Nicaragua , se habla o se escribe accidentalmente cuando lo pide la ocasión y son pocos los que deliberadamente se proponen recoger y ordenar sus recuerdos, dejándolos consignados para el servicio de las historias nacional y también para la utilidad práctica de la juventud que viene empujándonos y a la cual se le presentan innumerables hechos e innumerables nombre completamente olvidados por mala suerte común, de la que no se libran la historia, sino los grandes acontecimientos y las personajes que han sobre salido del nivel ordinario.

Pudiera tal vez objetarse que es poco lo que se pierde con no rescatar del olvido la memoria de las cosas menudas y a cada época; pero eso no es exacto. En el hombre es natural y hasta vehemente el deseo de conocer todo lo pasado, porque le procura experiencia, o sea luz y guía para su camino, la cual no puede adquirir sin ese conocimiento, ni la sociedad en conjunto, ni los individuos aisladamente.

Además, como dice un autor:

"en los tempos modernos se lee a la historia más de lo que solía exigírsele en los antiguos. No nos satisface hoy la relación de funciones de imperios, de conquistas, de guerra, de cambios de gobiernos o de dinastías y de sucesión de soberanos, que han salido ser la única materia de la Historia. Actualmente queremos saber cómo han sido y como han vivido los hombres de quienes hace mención y también cómo eran y cómo vivían los que ella no menciona; queremos no ignorar el modo, la forma y los incidentes de cada uno de los acontecimientos que narra; queremos penetrar en los aposentos, no sólo de los palacios, sino de las viviendas comunes, queremos conocer a nuestros antecesores, como conocemos aquellos contemporáneos nuestros con quienes vivimos en intima familiaridad. De aquí, pues, el interés con que se buscan y se estudian documentos y monumentos que den luz acerca de las particularidades de los pueblos antiguos."

Pudiera, sin embargo, suceder ahora que yo estuviese alucinando por el amor propio por los impulsos de la vanidad senil, y que mis RECUERDOS DEL PASADO no tengan el interés ni la importancia que me imagine. Válgame entonces, el contingente que puedan aportar a la formación del proceso histórico de la sociedad nicaragüense y sea como ciertas piedras sin pulimento o cual las conchas de la madre-perla, que buscan y aprecian, no obstante su pobre apariencia; por que las memorias, por humildes que parezcan, suelen ser para la historia, tales como esa piedra sin pulimento y esas conchas sin abrir, cuando se sabe el modo de aprovecharlas.

(f) José Dolores Gámez

Puntarenas (Costa Rica) 4 de Enero de 1912

Capítulo I

EN EL PRINCIPIO

Nací en la ciudad de Granada, el 12 de julio de 1851, a las 12 en punto de la noche; y se me ha dicho que mi primer grito de recién nacido se confundió con el primer campanazo de aquella hora de cumbre del reloj vecino. Vine, pues, al mundo a mediado del siglo, del año, del mes y del día; y debido tal vez a esa circunstancia, he resultado intolerante con todo término medio en las cosas de la vida.

Las libres brisas del gran lago de Nicaragua mecieron mi cuna y en su playa crecí al arrullo de la olas probablemente me parece ser, que aquel ambiente de mis primeros años haya influido en algo para la formación de mi carácter impetuoso y del que puede decirse que es de aquellos que se quiebran antes de doblegarse.

Pasaba Granada en la época de mi nacimiento por ser su población que marchaba a las vanguardia del progreso social del Estado, que, de dicho sea de paso, no era gran cosa a pesar de la famosa León, (¿) entonces del saber profesional, de donde cabían a puñados los bordados con borla y cápelas todavía de la enseñanza colonial. Debo traer en auxilio de mi afirmación respecto al relativo mayor adelanto social de Granada, por si se me creyese apasionado, el recuerdo de que en su población fue siempre el centro del comercio regional y que su puerta llegó a ser el más concurrido y de más movimiento exterior. Sus ricos comerciantes fomentaban el lujo por conveniencia, la desplegaban en sus hogares por vanidad, hacían gala de refinadas costumbres y mantenían trato frecuente con el elemento extranjero con el cual procuraba asimilarse; mientras León Metrópoli y antigua capital del Estado, que contaba además con una célebre Universidad, tenía escaso comercio y vivía de la industria pecuaria, nada exigente en materia de lujo, a la sombra pudiera decirse, de la curia eclesiástica, de su empobrecimiento retrogrado, que mantenía el antiguo ambiente e imponía a la sociedad leonesa ese tinte medieval característico hasta hoy de la gente de iglesia y sacristía.

Desde los primeros años de la fundación de la colonia en tierra Nicaragüense, León y Granada fueron poblaciones rivales por disposiciones de sus conquistadores, maestros inimitables en crear y fomentar divisiones entre los pueblos hermanos del Nuevo Mundo, con objeto de debilitarlos para mejor asegurar su dominación.

León sobresalía particularmente por sus calles rectas y empedrada por las edificaciones uniformes y de antigua apariencia, por los monumentales templos y por la numerosa población, mientras Granada, que parecía reclinada sobre la falda del volcán Mombacho, situado a su lado sur, y que abandonaba sus extremidades orientales a las caricias de las olas del lago, atraía con su movimiento mercantil, con su puerto siempre concurrido, con la belleza topográfica de sus contornos, con sus costumbres expansivas y animadas y con (¿).....

Cuando yo vine al mundo encontré todavía en mi pueblo, las rancias preocupaciones de la nobleza colonial, náufraga en 1823, pero que se conservó por algunos años más en las ciudades de Guatemala , San Miguel y Granada con algo más de orgullo y mayores pretensiones en fuerza de su reducción. Era aquella nobleza un producto híbrido del coloniaje, sin pergaminos ni rentas, una especie de caricatura de noble, que se alimentaba de recuerdos y vivía con la mente en un pasado fantástico de leyendas y de emblemas heráldicos. Se basaba en la "Sangre azul", la cual se comprobaba con la piel blanca, semejante a la de los conquistadores españoles, el negro africano, el indio y los de raza mixta, vivieron siempre menospreciados de la sociedad y excluidos de los cargos públicos, así como las órdenes sacerdotales, pues para los conquistadores españoles valieron siempre algo menos que la plebe feudal de la Edad Media, y para los criollos tanto como si hubieran sido siervos manumitidos, considerándolos, unos y otros, nacidos solamente para el tributo y la encomienda. En el período de mi niñez había, sin embargo, cambiado un poco la cuestión sangre distintiva debido a que habían saltado hombres de color que, a la sombra de las nuevas instituciones políticas llegaron a mucha altura en fuerza de personales méritos ; pero aunque se les consideraba y atendía por respeto a su posición elevada, no por eso se les dejaba de mirar con marcada prevención, al extremo de que cuando tenían que nombrarles , les anteponian el calificativo de "indio, negro o zambo", respectivamente en lugar del "don" que se prodigaba a los criollos. Fue, si no estoy equivocado, hasta después de la campaña contra los filibusteros de Walter, cuando pareció extinguirse en Granada mucha parte de esa prevención contra la gente de color, en la que se suprimió la calificación despectiva de raza que antes le aplicaban, unida al nombre de la personas, se les concedió con alguna frecuencia el tratamiento de "don" y hasta hubo familia de buena sangre que admitiese, eso sí excepcionalmente, que sus hijos se unieran con ellos en legítimo matrimonio. Posible es que para tal cambio haya valido mucho el odio sañudo contra los filibusteros yanquis, enemigos acérrimos de los hombres de color, y quizá también el respetuoso cariño a las memorias de don Pedro Rivas, don José María Estrada, y Ponciano Corral, moreno todos de sobresalientes méritos en la vida pública, perecieron trágicamente al pie del pabellón granadino durante las últimas contiendas.†

Tuve la buena suerte de que mi familia perteneciera a la raza regional privilegiada, y que por tal motivo y sin otro mérito ni cosa que pusiera de mi parte, fuese desde mi cuna "gente decente", gozando por ese hecho de los fueros y preeminencias sociales, dispensadas a los criollos de buena sangre. Fui, además, el primogénito del matrimonio y el mimado de mis padres y parientes por ambas ramas, que me prodigaban caricias a porfía y se disputaban las mías con empeño.

A decir verdad (y aquí entre aquellos de la vanidad), creo que realmente debí ser un chiquitín distinguido, pues con mis ojos zarcos de mirada plácida, los largos bucles rubios que caían sobre mis hombros, mi vestido mameluco liliputiense y mi gorrita garibaldina de terciopelo azul con trencilla negra, parecía un extranjerito hechizo, de muy distinta catadura por cierto, a la de los demás niños de la localidad que solían mantenerse descalzo y usar por todo vestido un camisón de tela que les llega al tobillo.

Mis padres tenían una educación especial, superior a la de la generalidad de sus contemporáneos. El uno hablaba el inglés y el otro el francés con alguna perfección poseían ambos, además muchos conocimientos gramaticales del idioma español, que escribían con soltura y buen gusto, nociones de historia y geografía, conocían al dedillo la Biblia católica y muchas obras religiosas y de propaganda cristiana; eran fuertes en aritmética comercial y se consagraban a la lectura de libros modernos en el tiempo que les dejaban libres sus ocupaciones. Ambos tenían también un trato suave y jovial, conversación agradable, modales distinguidos, algún esmero para vestirse y bastante celo para la higiene personal y doméstica.

El autor de mis días era un buen hombre de mediana estatura, más bien alto que bajo, de buena presencia, de color trigueño parecido al de los árabes, de ojos expresivos y brillantes, nariz aguileña, cabellos y espesa barba negra, músculos vigoroso y con muchos vellos en el cuerpo. Su andar era violento, su palabra reposada y sonora, su carácter retemblado y su actividad extraordinaria. Decidor, risueño y chispeante se hacía simpático a todo el que lo trataba; desde muy joven se dedicó al comercio en el cual hizo regular fortuna, viajó mucho y residió algunos años en Europa. Observaba costumbres inglesas en el hogar, las cuales adquirió en Londres; pero en su trato familiar sacaba a relucir, sin darse cuenta de ello, su genialidad andaluza, cuentos narraciones y anécdotas llenos de gracia que él acompañaba en movimientos expresivos y de alegres risas que provocaban el contento de los que le escuchaban.

Fue primogénito de un capitán español, oriundo de la ciudad de Sevilla, que había sido enviado a la Habana como subteniente de infantería, a prestar sus servicios militares; de allí pasó después, no sé de qué manera a Costa Rica, donde contrajo matrimonio con una viuda de Cartago de apellido Torres, con la cual se trasladó a Granada en los próximos a la proclamación de la independencia nacional.

Se decía que don Francisco Gámez (este era el nombre de mi señor abuelo) que descendía, sin saberse a qué distancia, del célebre descubridor portugués Vasco de Gama, que vivió algún tiempo en Sevilla; lo cual a ser cierto, no quitaban que él, con todo su noble origen, fuera un ser humildísimo por su cuatro lados, y además, muy modesto, muy pobre de fortuna. El aserto de que fuera descendiente de Gama, se basaba en aquella de que el apellido castellano, en su origen, se formaba del nombre provisto de una de la terminaciones "ax, ex, iz, oz, yz", siendo la terminación "ez" la que predominó en la formación de los apellidos modernos, según al decir de la gramática de la Real Academia; pues cuando el nombre terminaba en una vocal que no era la letra "o" se suprimía esa vocal y ocupaba su puesto la mencionada sílaba, indicadora de descendencia¹ (1) Matrimonio religioso en 1875, Camila Umaña Espinoza (hija de Ramón Umaña y María Asunción Espinoza), fallecida el 1 de enero de 1904 en Managua, Nicaragua. Dejó descendencia en Isolina Gómez Alfaro (hija de Agustín Federico Gómez Rouhaud y María Alfaro). (3) Se casó con nn. Montoya. (4) Se casó con Isabel Guzmán.

¹ Arellano, Jorge Eduardo,, *Diccionario de Autores Nicaragüense, Tomo I, page 122, Managua: Convenio Biblioteca.*